

Abdón de Lada

Sueños de futuro y viejas enemistades en un valle
minero asturiano a principios del siglo XX

Jaime Alonso

Jaime Alonso

Abdón de Lada

Para Antonio Alonso Arza

Jaime Alonso

Querida Sabina,

Ahí te va la novela que hace años me pediste que escribiera. Al final lo has conseguido y aquel deseo se ha transformado en un libro real. En esto, como en tantos aspectos de tu vida, has logrado lo que querías, y eso que no lo has tenido fácil bajo la sombra de Abdón, tu padre.

Pienso a menudo en él. El hombre proyectaba una sombra asfixiante, llena de una rara buena intención, que te ahogaba si permanecías bajo ella y tú supiste, con el privilegio que solo tienen las hijas, escapar, unas veces mediante silencios y excusas y otras mirándole a la cara y diciendo la verdad al hombre que siempre tronaba. Conseguiste respirar un oxígeno — es decir, disfrutar de una libertad— que no era fácil obtener y que muchos no alcanzaron. Buscabas vivir haciendo más o menos lo que uno quiere y siendo un poco feliz. Algo muy difícil.

Para tu madre, mi querida María, eso no fue posible.

Cuando me entregaste tu Cuaderno de Casa —tu libreta como de escolar, con su espiral de alambre y sus hojas cuadriculadas—, donde durante años habías pegado recortes de periódico y anuncios, copiado textos que te llamaban la atención o escrito tus propias notas, me di cuenta de lo que eso significaba: que desatabas tus últimos lazos —ya muy débiles— con aquella niña y jovencita que con frecuencia se recogía en la habitación hasta que pasara la tormenta, y que nada, nunca más, te obligaría a esconderte bajo manta alguna. Por eso recibí tu Cuaderno como un mero depositario, sin otra intención que la de olvidarlo en un cajón. No pensé entonces en hacer caso a tu

sugerencia sonriente de utilizar ese material para escribir, echándole la imaginación debida, una novela en la que quedaran nuestras historias engarzadas con mejor o peor fortuna en Dios sabe qué personajes. No tenía sentido reconstruir tanto acontecimiento personal, dijiste, porque vete a saber qué pensábamos o hacíamos de verdad cada uno, pero nuestros recuerdos eran los del valle y el valle sí merecía su relato.

Mi propósito de no hacer nada con aquello se vino abajo inmediatamente, cuando del Cuaderno cayó al suelo, planeando lenta y morosamente, como buscando llamar mi atención, una hojita, el mapa que indicaba dónde se encontraba la Fonda La Masera. Estaba hecho a mano alzada y su trazo inexperto y tembloroso hacía más real lo que señalaba, buena parte de la cuenca de Langreo, la nuestra, con el río Nalón, su artífice, atravesándola, y nuestros pueblos, Lada, Sama, Ciaño, La Felguera a uno y otro lado. Cogiste el papel al vuelo y, en lugar de devolverlo al libro, me obligaste a mirarlo y, sabedora del poder de tus ojos y tu voz, me fuiste diciendo, «Es el primer anuncio que hicimos, mira, dibujamos la comarca y puse dónde estaba la Fonda». Y seguiste hablando, tentándome, diciendo, mira, este es el puente donde el río casi se lleva a Abdonín, y Negrina le salvó, y aquí está la fábrica de La Felguera con todas sus chimeneas donde trabajaba tu Benita la Fierros, y aquí La Formiguera, donde vivían al principio los enemigos de padre, los dacios, y a este lado del Nalón está Sama y el Fondón, con el pozo que al principio no tenía barandilla y donde pasó aquello, y por aquí se sube a la ermita, desde donde se ve casi todo, también Ciaño, donde el Samuño y el Nalón hundieron los sueños de padre, y el puente nuevo de Sama.

Al señalar el puente nuevo nos miramos sin hablar. No cabían comentarios, no nos salía del cuerpo un lamento por

aquello, pero tampoco podíamos confesarnos que había significado una liberación.

Tu Cuaderno fue a un cajón, pero siempre supe que saldría de él y que algún día el mapa de la Fonda La Masera, tus papeles y mi fantasía me ayudarían a inventar, con mejor o peor fortuna, un relato sobre aquellos tiempos, aquella gente, nuestra cuenca minera de Langreo y cómo se pudo entonces salir adelante.

La novela ya está finalizada, ojalá te guste, pero que ella no sustituya a la vida real que tanto te ha costado alcanzar.

Sé feliz, sigue siéndolo.

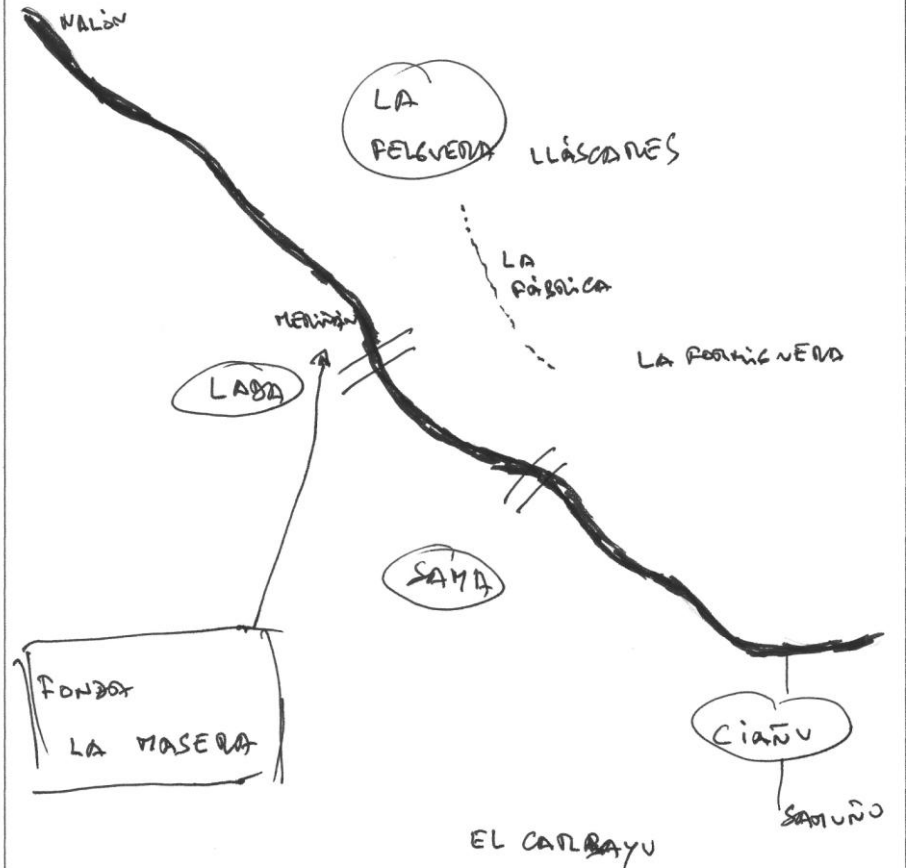
Colás

Jaime Alonso

Abdón de Lada

COMIDA CASERA PARA DISFRUTAR MIENTRAS TOMA LAS AGUAS
CERCA DE LA FUENTE DEL ABLANEDO (DEL GÚEVU)

¡Un mapa para que sepan dónde estamos!



FONDA LA MASERA / Precios asequibles / Comida preparada en casa
Confortable y acogedor salón / Mesas en la huerta / Trato personal

Jaime Alonso

I. EL ALCALDE

(Descubrimiento moderno del carbón en Asturias)

Tomó fuego hará unos cincuenta años el monte de Carbayín, sito en la referida parroquia de Valdesoto, y habiéndose ocurrido la casualidad de comunicarse a una de las minas de carbón de piedra que contiene, adquirió tal incremento que conservó la lumbre por espacio de cinco meses. Cazando mi abuelo en él, advirtió que se hundía el terreno bajo la presión y observando con más atención conoció que había fuego, buscó un palo de cuatro varas de largo y metiéndole en el terreno, que sin dificultad le admitía, investigó y adquirió de los paisanos la historia del suceso, y vino en conocimiento de que no podía tener otro principio el fenómeno, que hallarse por aquel paraje alguna mina de carbón de piedra por la lectura que había tenido de ellas en la lectura de los autores ingleses. Hizo cavar en la parte que el terreno resistía más la sonda y descubrió en efecto el carbón del que extrajo varias porciones, conservando el fuego los restantes hasta que las nieves del invierno lo apagaron.

(Memorias del Instituto Jovellanos, vol. VII, número 4, informe del Alférez Mayor de Oviedo, Antonio Carreño. Marzo de 1787. Citado por David Ruíz en "El movimiento obrero en Asturias")

*Dicen que les carboneros
que tienen muy mala nota
¡Carbonera ye la mía
y nun la cambio por otra!*

(Popular)

Jaime Alonso

Capítulo 1.

—Pues ya que lo dice, *pasao mañana baxamos* allí.

Dacio giró la vista hacia su hijo y confirmó el compromiso con un movimiento de cabeza; él había insistido en que realizaran esa visita.

Estaban sentados a la puerta de la casa, pasaba largamente de la una del mediodía y se notaba el bullicio en el interior. Cercano ya el comienzo del siguiente turno, la gente se preparaba para ir a trabajar. Se oían carreras por la escalera, algunos salían, se paraban y volvían a toda prisa a por algo olvidado, o echaban a correr cuesta abajo para unirse a un grupo o a una persona. Varias mujeres subían desde los lavaderos con la ropa en la cabeza y cestos en las manos mientras gritaban inútiles órdenes a sus hijos pequeños de que no se alejaran demasiado. Las gallinas se apartaban al paso de la gente, unos saltitos e inmutables de nuevo. Dentro de un momento él mismo tendría que salir; lo haría con tiempo, no porque no se encontrara bien, que sus rodillas aguantaban caminatas monte arriba y monte abajo aunque ya se

acercara a los cincuenta, sino porque su desánimo no le dejaría andar más deprisa.

Dacio había podido aguantar mal que bien el golpe del despido porque sus compañeros, otros vigilantes, le habían ayudado. Los vigilantes, de las minas y de las fábricas, constituían un grupo especial. Eran empleados, obreros como todos, pero se sentían incomprendidos por el resto de los trabajadores, ya que los sentían muy cercanos a los patronos. El hecho de ser pocos y habitar, sin obtener más que un sueldo apenas un poco más alto, esa tierra de nadie de quienes hablan con los que mandan, pero no pertenecen a ese grupo, provocaba una solidaridad entre ellos. Así, cuando Sacristán comunicó a unos guardas que lo despedían y los motivos por los que lo hacían, esos se lo comunicaron a otros y estos a los siguientes hasta que, mediante encuentros en el chigre, la iglesia, el camino —la *caleya*— o el campo de fútbol, los tambores de auxilio alcanzaron a un receptor que pudo ofrecer una solución: le consiguieron trabajo en la fábrica de La Felguera y, también, ese alojamiento donde ahora vivía, a unos centenares de metros, pendiente arriba, de la siderurgia. Dacio se convirtió en vigilante, en uno de los pocos entre ellos que trabajaba principalmente fuera de la fábrica, visitando a los empleados que alegan enfermedad, confraternizando con la guardia civil y los curas o dejándose caer por la taberna a ver qué escucha; se trataba de un buen trabajo. En esa tarea uno no está muy controlado y eso le permitía durante el día subir a casa a ver cómo se encontraba su hijo. Los guardas que trabajaban dentro de la mina o la fábrica ganaban más; eran operarios o mineros expertos que controlaban a sus antiguos compañeros, verificaban que se posteaban las galerías, o se internaban en caso de derrumbes, sospechas de bolsas de grisú, desplomes de piezas colgadas, aplastamientos por vagonetas o quemaduras de coladas; él no hubiera podido aspirar a un puesto

así, pero ese puesto tampoco le hubiera dejado libertad para atender al hijo que le necesitaba.

Los vigilantes se encontraban a permanente disposición de capataces e ingenieros. Debían vivir cerca de la empresa en la que trabajaban para en caso de emergencia poder estar enseguida en ella. Para llegar desde su alojamiento en La Formiguera a la fábrica, donde comenzaba su trabajo, solo tenía que dejarse llevar por la pendiente, casi deslizar, durante unos minutos, caminar monte abajo y que las rodillas simplemente le retuvieran el paso. Su hijo le esperaría, en el dormitorio o sentado, como ahora, en el banco de piedra de la entrada, en la pequeña plataforma entre los escalones de entrada al edificio y los de bajada al camino; el joven está inmóvil mientras hay hombres que suben y bajan escaleras y pendientes, gallinas que se apartan, mujeres que vuelven y niños que se persiguen unos a otros; hasta las nubes corren. Miró a su hijo Dacio, a quien a sus veinte años aun llamaban —y por siempre llamarían, que así son las cosas en los pueblos— Monaciellu, *monaguillo*, apodo con el que había sido castigado de niño debido a que a su padre le llamaban Sacristán.

Monaciellu, serio e inexpresivo, miraba la gente, el camino y el valle, sentado en el *escañu* con la espalda bien asentada contra la pared, con un bocado y una botella de vino a su lado para pasar las horas, y con las muletas de madera apoyadas contra la pared. De niño había correteado como todos, pero se lo habían devuelto de África con un pie menos y la mente nublada, y que diera gracias, porque algunos nunca regresaban. Sacristán recuerda lo que le dijo el vendedor cuando las compró, que esas muletas tenían lo que debían tener, la almohadilla para los sobacos, el travesaño para las manos y la puntera de goma para evitar resbalones. Ahí estaban, al costado de su dueño, cuya pernera derecha colgaba vacía desde la rodilla; solo el pie izquierdo

asomaba bajo el pantalón. Se esforzaba en mirar a su hijo a los ojos, y no a ese hueco, pero la vista siempre se le iba fugazmente al inexistente pie y se le cruzaba la escena de Abdón insultándole aquel día en que el desastre comenzó, recuerdo frente al que no sabía si lloraba de pena o temblaba de rabia. Fue capaz de, con voz neutra, responder:

—Claro que sí, pasado mañana bajamos.

Dacio se había convertido en Sacristán durante los muchos años que había estado trabajando en Bustiello, el pueblo al que en las cuencas mineras llaman El Convento.

Bustiello es un poblado construido por la empresa minera dueña de buena parte de las minas del valle del cercano río Aller y su fundador, el marqués de Comillas, era persona de unas profundas convicciones católicas que impregnaron toda su actividad. Fue dueño de navieras en Barcelona y su fervor religioso fue tal que llegó a fletar un barco a finales del siglo XIX para que sus empleados pudieran asistir a la conmemoración, en Roma, de los cincuenta años de la ordenación sacerdotal de León XIII. En Asturias, el marqués decidió levantar, allá donde no había nada, un poblado minero que constituyera el modelo de su visión social del mundo. Encontró un terreno pedregoso, en una pendiente cuya parte inferior se encontraba al nivel del río Aller y a donde no llegaba camino alguno y allí construyó su utopía. Bustiello se convirtió en las cuencas hulleras en un arquetipo extremo de un modo de entender la sociedad.

El marqués, antes que las viviendas, levantó, en lo alto, una iglesia, con su cruz y coronada por doble campanario y alta espadaña, que reinó sobre un pequeño valle en el que tardaron unos años en verse casas y pobladores. El marqués organizaba de manera integral las vidas de empresa, trabajadores y pueblo. En la meseta superior, junto con la iglesia y la mansión del capellán, se

encontraban la escuela de niños con su residencia para los frailes, la taberna y centro social y el economato. La escuela de niñas se edificaría con posterioridad, al otro lado del río.

La organización general del espacio y la empresa tenía características especiales. La taberna no despachaba bebidas alcohólicas —por lo que era conocida como la *anti taberna*—, mientras que el economato, además de las provisiones también habituales en los territorios laicos, vendía unas bulas que, dispensadas por el obispado, eximían al comprador de la obligaciones cuaresmales de ayuno y abstinencia. El marqués retenía parte del salario a los trabajadores en una cuenta de ahorro que gestionaba la empresa y a la que esa empresa también realizaba aportaciones; el trabajador o su familia podían recuperar el saldo acumulado en casos como el fallecimiento, para evitar el servicio militar, o por haber sufrido un accidente al noble servicio de la industria y el progreso.

En un nivel inferior a los edificios principales se construyó la casa del ingeniero, de dos pisos y con balcones sobre las casas de los obreros. Estas estaban construidas a la altura del río, pareadas, con las puertas de cada vivienda adyacentes una a la otra, para que cada cual pudiera ver quién entraba o salía del hogar vecino, y con un número de habitaciones que era suficiente para los miembros de la familia, pero escaso para recibir invitados. Cada casa tenía un pequeño huerto a la vista de todos que permitía entretener sanamente los ocios y completar la alimentación familiar. Entre las viviendas de los trabajadores no había espacios para juegos o charlas: quien quisiera jugar, comprar, beber, socializar e incluso entrar o salir del poblado tenía que subir hasta la explanada de la iglesia y la taberna. El marqués pensaba que la vida en común de los obreros con los superiores en un ambiente libre de tentaciones

crearía, por ósmosis, una casta de productores que fueran buenos y educados cristianos, fieles a la empresa y satisfechos con esa vida.

El poblado se conocía en la Asturias central como El Convento, un buen lugar para estar a cubierto de toda inclemencia, aunque a cambio de renunciar a los vicios, asomarse solo lo indispensable al exterior, aceptar la vida en el escaparate e ir a misa en el templo dominador, manifestándose así sus habitantes, según un difuso e implacable consenso de las fuerzas vivas, como personas respetables y merecedoras de la estima que la compañía, al proporcionarles tales beneficios, les demostraba. Las viviendas eran pocas y los empleados, muchos, por lo que solo se ofrecían a personas de confianza acreditada, entre los cuales se encontraban algunos vigilantes jurados, como Dacio. Si alguien llevaba en el exterior una vida más liberal que la que dentro sería aceptada tenía buen cuidado de ocultarla, evitando a toda costa el escándalo que podría obligarle a cruzar el puente para no volver.

El puente construido sobre el río Aller constituía el único acceso a ese mundo encapsulado y en él tenía su puesto un vigilante jurado, que debía asegurarse de que solo entrara quien debía e informar de quién lo abandonaba a horas intempestivas. Esa garita la ocupó durante mucho tiempo Dacio, al que, como permanente guarda del Convento, fue inevitable que todos acabaran llamando Sacristán. Cuando el hombre enviudó tempranamente su agradecimiento al marqués y su memoria se incrementó, pues pudo educar a su hijo y verlo crecer en ese sosegado ambiente, en el que la esposa del ingeniero y otras madres le envolvían y ayudaban cuando el silencio y el desánimo parecían, como la niebla, abatirse sobre el joven.

De tal paraíso habían sido expulsados recientemente. Sacristán lo recordaba esa mañana como todas, y eso le traía la imagen de Abdón.

Sabía que Abdón Coto-Quintana, el alcalde de Langreo, trabajaba en las minas de Lláscares, siendo uno de los capataces de una empresa del vecino ayuntamiento que explotaba diversas minas de montaña. Ese era un trabajo que le cuadraba bien. Los capataces más apreciados son los que tienen cierta edad, fortaleza física y carácter; la variedad de circunstancias a las que hay que enfrentarse requiere de la experiencia que proporciona la edad, el tipo de trabajo, la fortaleza y la relación con cuadrillas de mineros de los que hay conseguir rendimiento con seguridad exige un carácter fuerte que no se deje amedrentar. El hombre era valorado capataz en un municipio y alcalde en el municipio vecino.

— ¿Has oído la última del alcalde? —ante la negativa de Monaciellu, continuó—, que en la última huelga mandó detener a un par de obreros del comité solo por gritarle por la calle.

—Nada nuevo, cuando se calienta *da-y por encarcelar a la xente*.

—¿Los soltó enseguida?

—Sí, pero cuando protestaron diciendo que por qué lo había hecho, tuvo los huevos de decir que lo había hecho para *protexelos*: «si no, con la que *tabais* montando, la guardia civil *diba molevos a palos*», eso dijo, riéndose y dándoles una palmada en la espalda, con toda su jeta.

Dacio el Sacristán echó por fin a caminar cuesta abajo, despacio, tratando de no pensar y dejando que le adelantaran. Tras cuatrocientos metros de empinadas vueltas y revueltas el camino pasaba al lado de la Casa de Dirección de la fábrica de La Felguera, el palacete que acogía a los ingenieros y oficinistas que gestionaban y controlaban carbones, aceros, personas y dinero. Un par de rampas más y ya llegaba. Las instalaciones de la fábrica empezaban allí mismo y se alargaban, entre el monte y el pueblo, varios centenares de metros, hasta el río Candín; subiendo de nuevo por aquel lado se iba hacia Lláscares, a corta distancia.

Chimeneas, hornos, talleres, almacenes, dispensarios y oficinas de todo tipo estaban rodeados por un largo semicírculo de estrechos edificios de ladrillo rojo que albergaban también otras instalaciones de la fábrica. A dos metros escasos de esa frontera pasaban las vías del ferrocarril de Langreo a Gijón, y, a otros dos, se encontraba el pueblo. La gente que bajaba como él del monte entraba por el lado abierto del recinto, hacia el que la cerrazón de los edificios canalizaba el ruido de golpes y llamaradas, el olor a hierro y azufre, así como el humo que el viento no despejaba y la niebla retenía. Sacristán pensaba en lo que tendría que llevar a casa, vino y algo de comida, que en sus habitaciones no había sitio para guardar nada y Dacio el Monaciellu no estaba para bajar la pendiente más que en caso de necesidad. A su alrededor, los hombres que descendían hacia la fábrica dejaban de hablar según se acercaban a ella, formaban de manera espontánea filas hacia diferentes destinos del interior, acomodaban su paso, se confundían sus ropas, mimetizaban sus gestos, se convertían en obreros. Comenzaba la jornada. A ver qué le deparaba, que mil novecientos once estaba siendo, como lo había sido el infausto mil novecientos diez, un mal año para él y su hijo.

—Hay que ir mañana al teatro, al Vital —se sorprendió cuando se lo dijo un compañero—. Tenemos que estar allí.

—¿Y eso?

—Han convocado un mitin contra los curas y eso puede calentar a la gente. Además no es difícil que vaya también el alcalde, *qu'enfrentase al doctor Colás, encántalu*.

—Pero ya estará la guardia civil.

—Nos han dicho que nos coloquemos entre el público.

La imagen de Abdón Coto-Quintana no le abandona, ni tampoco la de la hija de tan distinguido prócer, Argentina, que después de aquello entre los jóvenes se marchó a vivir fuera de

Asturias y aquí no ha pasado nada. Argentina, tan feliz en casa de su hermana correteando por ahí lejos, y Monaciellu con las muletas viviendo en La Formiguera, a mitad de la ladera, que no es nada fácil conseguir una habitación barata en el llano. Piensa en Abdón, que a esa hija pecadora la envió a Vigo y allí vive ella más contenta que cuando lo hacía con su padre, mientras Monaciellu ahora es un...¿qué? Sacristán no quiere llamarlo como lo llaman los demás, pero los accidentes de la mina, que aplastan piernas y brazos, hacen que haya muchos en el valle como él. Mientras tanto, Abdón, como regidor, da palmadas a unos en la espalda, saluda a voces a otros y menosprecia, también a voces, a algunos, mirando el mundo desde su altura como si fuera dueño de él. Cuando cree que alguien le pretende dar órdenes, o solo consejos, levanta la voz y lo calla: «por *enriba* de mí, solo Dios y *les mosques*». Esto no es justo, piensa Sacristán, el dolor ha de ser para todos igual, pero es difícil cuando la pieza está tan alta y tiene tales amigos.

*

Cuaderno de Casa

Dedicatoria de Madre cuando me regaló el Cuaderno (en 1917):

«Para mi hija Sabina Coto-Quintana, para que recojas en este Cuaderno de Casa los papeles y recuerdos que desees conservar y escribas en él lo que quieras con la seguridad de que solo tú lo leerás. Te lo regalo con la esperanza de que esta labor te ayude a entretener los meses de encierro que tienes por delante.

Si le coges afición a esto de guardar papeles y escribir notas, cuando seas mayor y la vida te lleve por otros caminos, quizá este Cuaderno te ayude a recordarnos a todos, también a padre aunque hoy te resulte difícil entenderlo, con el amor que te tenemos.

Un beso de

Madre»